

Un poco de oxígeno, por favor

Pedro Catalán

PERSONAJES

MARTÍN: 42 años, pero aparenta más. Minero y asmático. Enganchado constantemente a una bala de oxígeno que lleva a la espalda. Su vicio: el nebulizador de bolsillo, cuyas inhalaciones practica cada dos por tres para acallar la asfixia. Casado con Antonia. Padre de cuatro criaturas. Convive, además, con su cuñado y, hasta que se murió, también con la abuela. La enfermedad ha progresado y le queda poco tiempo de vida. Su última voluntad: escuchar *Carmen* en la Ópera de París.

ANTONIA: 37 años, aunque muy estropeada. Además de las labores de la casa y el cuidado de los hijos, trabaja en una fábrica de conservas para ayudar a la economía familiar. Con la colaboración de Martín concibió cuatro hijos que son cuatro cromos: Francisco, el mayor, 11 años, nació durante la boda; ahora se ha roto una pierna. Mercedes, 9 años, nació con el corazón grande y siempre está de médicos. Elvira, 7 años, sordomuda por culpa de unas gotas. Pablo, 5 años, hasta ahora no le había pasado nada, pero ayer, después de jugar en el vertedero de una fábrica, regresó con la cara negra. Aparte de los hijos, Antonia aportó al matrimonio lo siguiente: su madre, la inmortal abuela, con su incorregible manía de hurgarse la nariz; su hermano Julián, soldador, con un ojo de cristal a consecuencia de un accidente de trabajo.

- DON LUIS:** 56 años, pero aparenta 57. El médico de la compañía minera en la que trabaja Martín. Por recomendación de su padre dio el visto bueno para que Martín entrara en la mina. Ha tratado desde siempre a toda la familia. Tiene escrúpulos para acceder a la petición de Martín, los mismos que le faltan para poder mantener los cuatro o cinco puestos de trabajo que tiene.
- RAFAELA:** Creemos que tiene unos 50 años, pero no se sabe. Es la eficaz mujer de la limpieza de la compañía y declara, orgullosa, que la lejía es lo mejor para limpiar.
- D O S
CAMILLEROS:** Sirve cualquiera..., siempre que sepa llevar una camilla y no la vuelque.

ACTO ÚNICO

(Consulta del Servicio Médico de Empresa de una Compañía Minera. Ambientación propia de una consulta de este tipo: camilla de exploración, foco portátil, aparato de Rayos X, vitrina con medicamentos e instrumental clínico, una bala de oxígeno, un simpático esqueleto con casco de minero sobre el pelado cráneo, láminas con figuras del cuerpo humano, etc. Hay incluso una mesa, sillas, y hasta un paciente. Y lo más asombroso: ¡un doctor! Al iniciarse la representación el escenario permanece oscuro. En medio de la penumbra el espectador puede contemplar el reflectante tórax de MARTÍN a través de los Rayos X. DON LUIS, el médico, de unos 56 años, finaliza la exploración y apaga el aparato. Se ilumina el escenario. MARTÍN, minero, de 42 años, muy cascado, sale de detrás de la pantalla con el torso desnudo y, mecánicamente, empieza a vestirse. Cuando termina de hacerlo, se coloca a la espalda, como si de una mochila se tratara, una pequeña bala de oxígeno y

se conecta unas gafas nasales para poder respirar. Es asmático y, de cuando en cuando, revela una respiración disneica, por lo que, cada poco, echa mano al bolsillo de la americana, extrae un aerosol, se lo pone en la boca y se aplica un par de inhalaciones. Con eso se alivia. También lo usa como mecanismo de defensa, para darse ánimos y continuar la conversación.)

DON LUIS.- No te asustes..., no es nada importante. Todavía te quedan dos meses de vida.

(Se sienta detrás de la mesa, escribe algunas notas y enciende un enorme puro. MARTÍN respira aliviado al oír la buena noticia que le acaba de dar su médico.)

MARTÍN.- ¡Vaya peso que me quita de encima!... ¡Pensé que tenía mis horas contadas, doctor!... **(Acusa el humo del cigarro de DON LUIS, tose y recurre al inhalador.)**

DON LUIS.- ¡Qué pesimista eres, Martín!... ¡Qué pesimista!... Debes levantar esos ánimos... ¡Ocho semanas enteras por delante!... ¡No te derrumbes!...

MARTÍN.- Como me había vuelto a dar este dolor en el pecho...

DON LUIS.- Nada..., boberías... No abusar de las comidas..., algo de fruta por la noche..., nada de excesos... y... ¡ya sabes!... ¡A vivir... que son dos días!... Quiero decir... ¡dos meses!...

MARTÍN.- No sabe cuánto me alegra oírle decir eso, don Luis... Hasta hace unas horas..., me sentía realmente hundido..., acabado... Quería dejarlo todo, así, de repente... Nada merecía la pena... Y ahora..., ya ve..., me ha devuelto las ganas de vivir... Veo las cosas de otra manera... Incluso me siento con fuerzas para volver al trabajo...

DON LUIS.- Ah, pero, ¿habías pensado en dejarlo?...

MARTÍN.- Bueno, sólo un par de días..., como me afecta un poco el bajar a la mina para mi cosa del asma...

DON LUIS.- Te conviene estar activo, Martín, o te vendrás abajo... Actividad..., mucha actividad..., pero eso sí, tú siempre con tu bombonita de oxígeno y la mascarilla, ¿eh?... No vayas a cometer una locura... Y nada de fumar... ¿No me engañarás con lo del tabaco?...

MARTÍN.- Por favor, don Luis, ¡qué cosas tiene usted!... Hace más de una semana que no lo pruebo...

DON LUIS.- Así me gusta... Es fundamental para que tus pulmones ventilen bien... ¡Y el inhalador en el bolsillo!... ¿De acuerdo?...

MARTÍN.- (**Enseñándolo.**) Como si fuera una medalla... Nunca me desprendo de él, y otro de repuesto, por si se me acaba... Con dos inhalaciones cada media hora, apenas duran...

DON LUIS.- Exactamente... ¡Y los comprimidos!... No te olvides de los comprimidos... Dos grageas de Pulmonor cada hora...

MARTÍN.- No, no se me olvidan, descuide... Primero una cucharadita del jarabe para expectorar y, a continuación, las dos pastillas fucsias con pintitas blancas..., que me recuerdan los calcetines de mi hija...

DON LUIS.- ¡Ojalá todos los pacientes fueran como tú!... Preocupado por su salud... Cumplidor a rajatabla del tratamiento...

MARTÍN.- Tiene que ser así..., de lo contrario... ¡Cómo podrían curar ustedes a los enfermos!...

DON LUIS.- Muy razonable... (**Escribe.**) Pues con esto que te receto tienes que hacer igual. Una pastillita debajo de la lengua en cuanto sientas que te viene la crisis..., y estos supositorios..., Su-po-as-mal..., dos al acostarte... ¡Verás qué bien duermes!...

MARTÍN.- Lo que usted diga, doctor... Y..., ¿tengo que tomarlo durante mucho tiempo?...

DON LUIS.- (**Sospechando que con un envase tendrá de sobra.**) Ponte primero una caja y luego ya hablaremos... (**Entregándole las recetas.**) ¿Y Antonia?... ¿Cómo está?... Hoy no ha venido contigo...

MARTÍN.- (**Guarda las recetas.**) Se ha quedado en casa..., con el pequeño..., que lo tenemos en la cama...

DON LUIS.- Vaya, algún catarro que ha pillado...

MARTÍN.- No sabemos... A ver qué nos dice el del Seguro cuando lo vea... Estaba jugando, se conoce, y volvió a casa con la cara negra y sin poder respirar... Le puse un poco de mi oxígeno y se le pasó... Digo yo que si tendrá algo que ver lo que le pasa al chico con la fábrica de químicos..., la casa que nos vendió la compañía está muy cerca y..., ¡ya sabe cómo son los críos..., que siempre les gusta jugar donde está toda la mierda!..., con perdón sea dicho... (**Toma inhalaciones.**)

DON LUIS.- Claro, claro... Verás cómo no es nada y enseguida se recupera... ¡Estos muchachos!... ¡No los mata ni el cianuro!... (**Ríe la gracia y lanza una bocanada de humo.**)

MARTÍN.- (**Espantando el humo.**) Antonia telefoneó a la fábrica, y allí está..., pendiente del médico... ¡Se presenta cuando menos te lo esperas!...

DON LUIS.- Los demás, ¿cómo están?... Paquito estará ya hecho un mozo...

MARTÍN.- ¡Menudo estirón ha dado!... Está más alto que su madre... y la mar de contento... El lunes le compramos por fin las muletas... Nos abonó el dinero la Seguridad Social... ¡Fíjese que suerte..., sólo hacía dos años que lo solicitamos!... Está como un niño con muletas nuevas... Todo el día de acá para allá en la casa..., y venga decirme: «Papá déjame salir..., papá, déjame salir...» Pero yo todavía no le dejo... Ya le he dicho que en cuanto pongan las aceras y las farolas que entonces sí, pero ahora tengo miedo de que vaya por aquellos barrizales y se rompa la otra pierna...

DON LUIS.- Todo cuidado que se tenga con los hijos es poco...

MARTÍN.- Ya lo creo... Menos mal que, aunque despacio, se nos van arreglando las cosas... ¿No le he contado que encontramos un colegio para Elvirita?...

DON LUIS.- No me habías dicho nada...

MARTÍN.- La mandamos a Madrid..., a un centro de esos para sordomudos... Nos lo facilitó la asociación de vecinos, que son gente muy maja y se encargaron de mover los papeles... Al principio no nos hacíamos a la idea de que se fuera de casa..., tan pequeña..., pero era lo mejor para ella... Allí progresa y la cuidan bien... Nos llama cada dos días... la profesora, claro..., como ella no habla, aunque ya hace algunos ruidos...

DON LUIS.- ¿Os han instalado el teléfono?...

MARTÍN.- Aún no. Me han asegurado que para dentro de seis meses sin falta. Hablamos desde el bar de la esquina, que a esos sí que se lo pusieron enseguida... La maestra dice que está muy contenta..., y para julio la llevarán quince días a una granja de esas de verano... Si para entonces a su hermana Merceditas le han dado el alta en el hospital, la enviaré con ella... En el campo lo pasan en grande... A Antonia le ha parecido una idea estupenda... Así juegan con otros niños, se relacionan, aprenden a convivir, y todo eso...

DON LUIS.- ¿Ha vuelto a recaer?

MARTÍN.- ¿Merceditas? Sí. Tiene temporadas. Los médicos no saben bien lo que tiene. La ingresan de vez en cuando y la estudian... Ahora han descubierto que tiene algo de anemia..., pero del corazón no se ha vuelto a quejar... Está muy ilusionada con lo de la granja...

DON LUIS.- No todo van a ser desgracias, Martín... La vida nos pone a veces pruebas muy duras...

MARTÍN.- Sí, pero es que a mí me las ha puesto todas juntas...

DON LUIS.- Y por si fuera poco, encima lo de tu cuñado Julián...

MARTÍN.- ¿Mi cuñado?... Ése está de maravilla... ¡Ha vuelto al taller y todo!... ¡Menudo postizo de cristal que le han puesto en lugar del ojo que se le saltó!... ¡Hay momentos en que hasta le parece que ve por él!... Ya le he dicho que eso debe de ser la sensación que le queda del accidente... ¡Cómo va a ver por un ojo de cristal por muy perfecto que sea!... ¡Mira que saltarle una chispa de la soldadura!... No sé cómo tiene valor para volver a lo mismo... El caso es que ahora no está solo... El compañero es tuerto del ojo contrario y sueldan las piezas a medias... Lo único es que le está un poco holgado, el ojo quiero decir, y en cuanto se da cualquier golpecito, ¡zas!, el ojo por los suelos... Cualquiera día se lo pisamos y no nos damos ni cuenta... Deberían ajustárselo más...

DON LUIS.- Eres admirable, Martín... Lo que te ha caído y la entereza que tienes...

MARTÍN.- Así debe ser, don Luis... No nos podemos acobardar... Si yo me hundo, imagínese lo que pasaría en mi familia... Y, después de todo, no me puedo quejar, porque trabajo no falta..., y no como otros, que los han echado a la calle...

DON LUIS.- Eso sí que es terrible, pero... ¡Claro, no puede haber para todos!...

MARTÍN.- De eso le quería hablar, don Luis...
(Inhalaciones.)

DON LUIS.- ¿Del paro?

MARTÍN.- Bueno, del paro exactamente, no...

DON LUIS.- Pues..., tú dirás...

MARTÍN.- Casi no me atrevo...

DON LUIS.- No vas a tener a estas alturas reparos en contarme algo...

MARTÍN.- Claro, claro..., si es usted muy bueno, don Luis... Después de tantos años... ya me conoce... y a mi familia..., y sabe lo que estamos pasando... Privaciones..., miserias..., estrecheces..., siempre de médicos... Si no es con el pequeño..., es con la del medio..., y si no, con el mayor... o con Elvirita..., y después lo de Julián... Y Antonia, con treinta y siete años que tiene, y ya ve usted lo estropeada que está..., ¡y es que no para!... Todo lo de la casa y los hijos, para ella..., y además la fábrica, porque con un sueldo no nos da para salir adelante... De la vivienda ya nos queda poco por pagar, pero... ¡son tantos los gastos!... Que si el colegio de los críos..., los libros..., la farmacia, que se nos va un dineral..., la escuela para la sordomuda, que está interna y nos cuesta otro pellizco... Y, ¡gracias!, porque desde que se fue a Madrid ya podemos dormir juntos Antonia y yo... Antes, en literas y por turnos... ¡Es tan pequeño el pisito!... A veces pienso que nos vendieron la maqueta... Antonia me reprocha que ningún año hemos ido de vacaciones, como otras familias, que al menos se van unos días al mar... Cogen la tienda de campaña, la cocina portátil, las sartenes, el transistor y... ¡hala..., a la playa con toda la prole!... Al menos allí por bañarte no te cobran... Pero nosotros, ya ve, un año sí y otro también, Antonia embarazada..., ¡y qué mal lo pasaba con cada embarazo la pobre!... El verano pasado estaba todo planeado para irnos..., le dio el patatús a la abuela, y adiós viaje... Entierro, funeral, que si luto..., yo no podía ni llorar, porque se me despegaba la mascarilla y me entraba la fatiga...

«No te preocupes, Antonia...», le decía yo... «Dios aprieta, pero no ahoga!...» «¡Claro, con la bombona de oxígeno, así cualquiera...!», me contestaba... Lo pasó muy mal... Y yo haciendo de tripas corazón... «¡Coraje, Antonia, hay que tener coraje!»... «¿Coraje?... Si coraje sí que tengo, lo que no tengo es dinero para llegar a fin de mes...», me dice... ¡Y qué razón tiene!... ¡Es tan buena!... Lo que está sufriendo no lo sabe nadie..., en todos los sentidos, me refiero, incluso en... bueno..., desde hace tiempo no podemos hacer..., ya me entiende..., en cuanto me pongo encima de ella y me muevo un poco me da una asfixia que me ahogo, y si me pongo el oxígeno, se asusta, porque le parece que lo está haciendo con un buzo... ¡Y menudo pánico les tiene a los hombres-rana!... Así que...

DON LUIS.- Me estás poniendo la carne de gallina...

MARTÍN.- Es verdad, no le cuento más que calamidades... Perdóneme, no era mi intención...

DON LUIS.- Nada, nada..., para eso estamos..., para escucharos..., no sólo es el cuerpo el que sufre, pero... continúa con lo que querías decirme...

MARTÍN.- Sí, a eso voy... Verá..., como sólo me quedan dos meses de vida, como mucho, había pensado que, tal vez usted, bueno... no quiero que piense mal..., pero nos haría tanta ilusión a los dos..., poca cosa... Hay algunos sueños que nos gustaría realizar antes de que yo me vaya de este mundo..., al fin y al cabo no vamos a salir de pobres... y, ¡menuda papeleta le queda a Antonia cuando yo falte!..., aunque ya no le daré más la lata... Que si cambia el agua de la bombona, que si tráeme tres almohadas más, que no puedo respirar... «Martín, ¡a este paso vas a dormir de pie...!», me dice cuando me ve tan incorporado en la cama... Que si las inhalaciones, las pastillas, los supositorios..., ¡una auténtica mártir!... Todo el día pendiente de mí... Ni cuando éramos novios tuvo un respiro...

(Toma inhalaciones y se levanta. Entra ANTONIA y se sientan en un banco. Un foco les ilumina y queda en penumbra el resto de la escena. Se cogen de la mano muy amorosamente. MARTÍN no se desprende de la bala de oxígeno.)

MARTÍN.- ¡Qué alegría, Antonia!... ¡He superado el examen médico!...

ANTONIA.- ¡Qué bien, por fin vas a poder trabajar!... Con lo que saco en la fábrica de conservas y ahora lo tuyo, vamos a juntar un capitalito... ¡No te habrás presentado en el examen con la bombona!...

MARTÍN.- ¡Qué cosas tienes, mujer!... Si se enteran de lo del asma no me contratan... Son muy mirados para eso..., como hay que estar todo el día en el pozo... Yo lo tenía todo preparado... Me he levantado temprano..., he cogido fuerzas chupando todo el oxígeno de la bala, luego dos frascos del inhalador Ventosol, ración doble de jarabe, nada de tabaco, y... ¡al botiquín!...

ANTONIA.- Y, ¿has aguantado bien?...

MARTÍN.- Estupendamente... En cuanto me vio don Luis, hizo la vista gorda... Casi ni me exploró... Mi padre había hablado con el suyo..., se conocían de toda la vida del pueblo... Las recomendaciones cuentan mucho, y antes que quedarse sin trabajo hay que hacer cualquier cosa...

ANTONIA.- ¡Claro que sí, cariño!... ¡No sabes la alegría que me das!... Volverías enseguida a casa...

MARTÍN.- Me quedaban reservas de oxígeno, así que volví dando un paseo, para respirar aire puro...

ANTONIA.- ¡Aire puro, Martín, qué inconsciente eres!... ¡La última vez que lo respiraste te sentó fatal!...

MARTÍN.- Llegué a casa con la cara un poco azulada... (**Se echa mano al bolsillo de la americana.**) Te he traído una sorpresa... Es un regalo..., para celebrar lo del trabajo en la mina... Espero que te guste...

ANTONIA.- ¡Qué ilusión, Martín!... Un regalo... Hay que brindar por los dos... Nos iremos a bailar...

MARTÍN.- ¿A bailar?... (**Triste. Por la bala.**) Si yo con esto no puedo dar ni dos pasos...

ANTONIA.- Es igual... Nos sentamos en la discoteca y vemos cómo bailan las demás parejas... (**Abre un frasco de colonia y lo destapa. Arrima la nariz.**) ¡Humm..., qué bien huele, Martín!... Te ha debido costar carísimo...

MARTÍN.- Eso no importa... ¿Te gusta?...

ANTONIA.- (**Echándose unas gotas en el cuello.**) Es muy suave... Acércate..., lo puedes oler...

(MARTÍN se quita la mascarilla -o las gafas nasales- y se acerca al cuello de ANTONIA para oler. Al inspirar por la nariz se pone cianótico y le da la crisis asmática.)

MARTÍN.- ¡Ay, Antonia, qué olor tan penetrante!... ¡El oxígeno, rápido, que me ahogo!... ¡Aaaahh!...

ANTONIA.- Martín, cariño, qué te pasa..., que estoy yo aquí..., no te ahogues, por Dios..., ¡¡respira..., respira!!...

MARTÍN.- ¡¡El boca a boca, Antonia!!... ¡¡El boca a boca..., que me pierdo!!...

ANTONIA.- ¡No, vida mía, no te pierdas...!

(Se lanza apasionadamente sobre él para practicarle un efectivo boca a boca que le entona la respiración. Sale ANTONIA. Se ilumina la escena y MARTÍN regresa a la mesa del doctor.)

MARTÍN.- ¡Era la única forma de besarnos..., cuando me daba el paroxismo!... ¡Demasiado bien lo llevaba aquello!... Durante la primavera nos besábamos como locos..., las crisis eran diarias... El polvo, el polen..., me ponían a morir... Y allí estaba Antonia para resucitarme con la respiración artificial... ¡Vaya pecho que ha desarrollado con tanto esfuerzo!... Una tarde, una pareja de la guardia civil nos quería llevar al cuartelillo por escándalo público..., hasta que les pudimos explicar todo... Se quitaron el tricornio y, ¡pretendían colaborar también!... Entonces no había mujeres en la benemérita, que si no..., a mí no me hubiera importado, la verdad...

DON LUIS.- Y luego vino la boda...

MARTÍN.- Unos meses después de empezar yo en la mina, mi padre empeoró y ya no levantó cabeza. Le enterramos en el pueblo. Fue un golpe muy duro para mí.

DON LUIS.- Era un buen hombre...

MARTÍN.- Y usted que lo diga, don Luis... Todo el mundo le quería... Gracias a que Antonia estaba a mi lado y me ayudó a sobrellevarlo, si no... hubiera hecho cualquier barbaridad... Y así, noche tras noche, Antonia me fue consolando... hasta que se quedó embarazada... Cuando llevaba nueve faltas, me avisó...

¡También qué ocurrencias tuvo la chica!... ¡Esperar hasta el último momento!... ¡Y como no se le había notado nada!... A los pocos días nos tuvimos que casar... ¡Menuda tripa llevaba entonces!...

(Se hace oscuro en la consulta. Entra ANTONIA vestida de novia y con un enorme tripón. Los dos se cogen del brazo y hacen la entrada nupcial en el supuesto salón del banquete. En una mesa, cubierta hasta abajo con un mantel blanco, está la tarta de varios pisos.)

MARTÍN.- (Sigue con el oxígeno.) ¿Podrás aguantar, Antonia?...

ANTONIA.- No te preocupes por mí. Estoy perfectamente. Tú respira y calla...

(Lanzan sonrisas a un lado y a otro y hacen poses para el fotógrafo. Luego se sitúan detrás de la mesa.)

MARTÍN.- (En voz baja.) Dile a tu madre que deje de meterse el dedo en la nariz, al menos cuando nos están haciendo las fotos... ¡Menudo efecto hace!...

ANTONIA.- (Molesta.) Ya estás metiéndote con mi madre... ¡No sé qué daño te hace la pobre!...

MARTÍN.- Pero Antonia..., si no ha dejado de hurgarse desde que salimos de la iglesia...

ANTONIA.- ¡Ay, chico, déjala!... Lo mismo se le ha metido un grano de arroz y le molesta...

MARTÍN.- Con el tiempo que lleva se le ha debido colar una paella entera...

ANTONIA.- ¿Quieres dejar de decir bobadas y sonreír?...

MARTÍN.- (A un imaginario niño que llevaría el cofrecito.) Niño, estáte quietecito ya un rato, guapo, y deja de dar pataditas a la mesa...

ANTONIA.- ¡Qué incordiación estás, cállate ya!...

MARTÍN.- Perdona, estoy tan nervioso... **(Para sí.)** Nueve faltas..., ¡y me decía que siempre se le retrasaba un poco!...

ANTONIA.- ¿Qué?...

MARTÍN.- Tus primos del pueblo, que también han venido...

ANTONIA.- Martín...

MARTÍN.- ¿Qué?...

ANTONIA.- No me encuentro bien...

MARTÍN.- No me asustes... Coge el sable y partamos la tarta..., estamos casi acabando...

ANTONIA.- Me vienen dolores..., Martín, que no voy a poder aguantar...

(ANTONIA comienza con dolores de parto y a retorcerse.)

MARTÍN.- ¡Por tu madre, Antonia!... ¡¡No irás a parir ahora!!...

ANTONIA.- ¡Ay, me parece que sí!... Noto las contracciones...

MARTÍN.- ¡Aprieta con fuerza!... ¡Vas a dar un espectáculo!... Un tajo a la tarta y nos vamos...

ANTONIA.- ¡Que no, que no me da tiempo, Martín..., que se me sale!... ¡Ay!...

(ANTONIA, entre gritos de dolor, se agacha y se esconde debajo de la mesa. MARTÍN, intentando guardar la calma, corta la tarta y va repartiendo raciones. Al hacerlo, mezclados con los gritos de ANTONIA, se escuchan aplausos y voces: «¡Que se besen, que se besen...!» MARTÍN, alternativamente, se agacha y atiende a ANTONIA, o se levanta y sirve la tarta sonriente. Después de unos segundos, MARTÍN asoma con un niño en brazos envuelto en el velo de novia. Está contentísimo.)

MARTÍN.- ¡Un niño, Antonia..., es un niño!... **(Enseñándolo a los invitados.)** Hemos tenido un niño... **(Lo mira.)** ¡Hijo mío!... Es precioso... Igualito que su padre, pero sin oxígeno...

(ANTONIA, con mucho trabajo, se va incorporando poco a poco.)

MARTÍN.- ¡Camarero!... ¡Limonada para todos!... ¡Hay que festejarlo!...

(ANTONIA, con desgana, come su trozo de pastel. La orquesta interpreta música festiva. Suenan aplausos y voces de felicitación.)

MARTÍN.- Antonia, la foto..., ¡nos vamos a hacer una foto!...

(Le entrega el niño. ANTONIA termina de comer la tarta y lo coge en brazos. Está como ida. MARTÍN se planta muy estirado junto a ella. Pose de fotografía. Cesan la música y los aplausos. Durante breves segundos, como si se tratara de una imagen fotográfica, ANTONIA y MARTÍN permanecen inmóviles. Oscuro. Se ilumina la consulta.)

MARTÍN.- Así nació Paquito, el mayor... Con muchas privaciones, pudimos meternos en uno de los pisos que promocionaba la empresa... Con el tiempo se nos fue quedando pequeño, pero al principio era suficiente... ¡Total, para los dos solos y el crío recién nacido!... Los problemas de espacio surgieron cuando la madre de Antonia, la abuela, se vino a vivir con nosotros... y, poco después, mi cuñado Julián... Había seguido un curso de formación profesional y se hizo soldador... Encontró tajo en un taller del barrio y... ¡hala!... ¡a nuestra casa!... ¡Como había tanto sitio!... Pero no le íbamos a dejar en la calle, recién llegado del pueblo... Era provisional, decía..., ¡y así lleva diez años!... Que está juntando para comprarse un apartamento... Eso es lo que me cuenta siempre, pero el tío..., ¡que no se va!... Y encima ahora con lo del ojo... Que era un trabajo muy importante y quería cerciorarse de que la soldadura era perfecta... Se quitó la protección y, claro..., un chispazo le quemó la pupila... ¡Negra como un tizón!... ¡Con los ojos azules

tan bonitos que tenía!... Menos mal que le han hecho un tono muy parecido para el de cristal y apenas se le nota... Los niños todavía se asustan cuando le ven durmiendo en el sillón con el ojo abierto... «¡Jo, papá..., es que el tío no nos quita el ojo de encima!», me dice el mayor... (**Ríe tímidamente.**)

DON LUIS.- Me hago cargo, Martín... ¡Y lo que duró la abuela!... Tenía una salud de hierro... Hacía la compra, los recados, preparaba la comida... ¡Vaya morcillas que me traía del pueblo cada vez que iba!...

MARTÍN.- A usted le tenía mucho aprecio... Como ha atendido a toda la familia desde el principio... Ayuda sí que era, pero también tenía sus manías..., y la casa es tan reducida que no podía uno dar dos pasos sin tropezarse con ella... ¡Era terca como una mula!... Me acuerdo del día que se murió... Así... (**Se mete el dedo.**) Con el dedo en la nariz..., tieso..., y no había forma de sacárselo... Yo le decía a Antonia: «Tu madre un día nos va a dar un disgusto con la obsesión de hurgarse...» ¡Y mire, mire si nos lo dio!... ¡Le tuvimos que cortar el dedo y dejar la punta dentro!... Era incorregible... (**Transición.**) Con Paquito sólo de unos meses y la abuela en casa, se nos estropeó la luna de miel... ¡Con la ilusión que tenía Antonia por conocer San Sebastián!... Lo fuimos aplazando..., año tras año... Pasaba el tiempo y no veíamos el momento de hacer una escapada... A los dos años tuvimos a Merceditas..., ¡y otro disgusto!...

(**Oscuro. MARTÍN se levanta. Se ilumina el centro de la escena. Sale ANTONIA con un cochecito de bebé. MARTÍN la besa, la agarra del brazo y pasean.**)

MARTÍN.- (**Preocupado.**) ¿Qué ha dicho el médico?...

ANTONIA.- Que tiene el corazón grande...

MARTÍN.- Pero eso no es malo, ¿verdad?...

ANTONIA.- Es enorme para su edad... De momento no se puede hacer nada... Hay que esperar... La irán estudiando a medida que vaya creciendo...

MARTÍN.- (**Restándole importancia.**) Mi hija tiene un corazón así de grande de lo generosa que es... Peor sería que no tuviera corazón...

ANTONIA.- Martín, estoy asustada...

MARTÍN.- No tengas miedo, seguro que no es nada... Los médicos siempre exageran... La niña está perfectamente..., mira qué carita tiene... ¿Tú crees que con esta cara puede estar enferma?... **(La toma en brazos y le hace carantoñas.)**

ANTONIA.- **(Medio sollozando.)** Todo se nos tuerce, Martín..., la boda, la luna de miel, el embarazo, mi madre, tú todo el día con el oxígeno..., y ahora esto... ¿Qué hemos hecho, Martín?... ¿Qué hemos hecho?...

MARTÍN.- No te pongas así, mujer... Te ahogas en un vaso de agua... Ya verás cómo salimos adelante... Debemos tener un poco de paciencia... Todo se arreglará... Llevaremos a la niña a los mejores especialistas si hace falta..., a algún particular... Si hay que pagar, se paga y ya está..., aunque sea a costa de algún sacrificio... Eso es lo de menos... **(Deja a la niña en el cochecito. Toma inhalaciones.)**

ANTONIA.- Martín...

MARTÍN.- ¿Qué?...

ANTONIA.- ¿Sabes una cosa?...

MARTÍN.- No.

ANTONIA.- Que te quiero muchísimo... **(Se abraza a él.)**

MARTÍN.- Yo a ti también...

ANTONIA.- Qué tonta soy, ¿verdad?...

MARTÍN.- Bueno, bueno... no nos pongamos ñoños... **(Cambiando de tono.)** Ven..., bajaremos a la verbena... Te invito a unos churros calentitos...

ANTONIA.- ¡Con lo que me gustan!... ¿No te sentará mal la humareda de los fritos?...

MARTÍN.- ¡Qué caray, un día es un día!...

(Oscuro. ANTONIA hace mutis. Se ilumina la consulta.)

MARTÍN.- Esos eran los pocos momentos de felicidad que teníamos... A Merceditas la siguen estudiando..., como ya sabe, don Luis..., pero está fuera de peligro...

DON LUIS.- Afortunadamente se le pudo corregir... No en todos los casos da tan buenos resultados... Al nacer Elvirita se encontraba mucho mejor...

MARTÍN.- Antonia estaba feliz al ver cómo se había recuperado la niña... El palo vino después..., con Elvira... Nació normal..., sana..., (**Con rabia.**) ¡Aquellas malditas gotas de los oídos!... (**Breve pausa. MARTÍN se contiene las lágrimas.**)

DON LUIS.- Vamos, Martín..., no pienses más en ello... Todos se volcaron con vosotros...

MARTÍN.- ¡Antes lo tenían que haber hecho!... ¡Después fue demasiado tarde!... Yo lo pasé mal, pero mi pobre Antonia se hundió... Se quedó apática..., en la cama..., sin ganas de nada... No hacía más que repetir: «Elvira, Elvirita, hija... ¿me escuchas?... Soy yo, mamá... A ver, dílo tú... ma-má..., pa-pá...» Cada día se hinchaba más..., apenas comía..., en la fábrica estuvieron a punto de despedirla... Fue una época muy dura, don Luis..., muy dura... Sus hermanos la extrañaban, no querían jugar con ella... Y el calvario de los colegios, que en ninguno la admitían..., hasta que dimos con un centro especializado... Elvira fue progresando... Resultó ser la más lista de los tres... Todos los profesores me lo repetían: «Tiene una inteligencia por encima de la media.» Desde muy pequeña se fijaba en todo..., no perdía detalle..., tenía una gran curiosidad..., y se esforzaba mucho... Antonia, un buen día, se empezó a entonar al ver que la chica respondía... Ha luchado lo indecible con ella... Horas y horas se pasaba enseñándole todo...: a distinguir los nombres de cada cosa, a sus hermanos, su propio cuerpecito... ¡Qué bichillo!... A veces me imitaba cuando me veía con el aerosol y abría la boca... Tuvimos que esconder todos los *sprays*, porque en cuanto te descuidabas, se ponía a pulverizarse...

(**MARTÍN imita a su hija y DON LUIS ríe la ocurrencia de la cría.**)

DON LUIS.- Los hijos dan muchos disgustos, pero también muchas alegrías...

MARTÍN.- Ya lo creo, don Luis... Luego nació Pablo, el pequeño, que no lo esperábamos, pero enseguida fue como de la familia...

DON LUIS.- ¡Hombre, Martín, qué cosas dices!...

MARTÍN.- Es verdad, qué tontería... ¡Me ha salido tan así!... Los quiero a todos por igual... Fíjese, ya tiene cinco añitos...

DON LUIS.- ¡Qué barbaridad!... ¡Cómo pasa el tiempo!... Si parece que fue ayer cuando vi a Antonia embarazada... ¡Qué viejos nos vamos haciendo!...

MARTÍN.- Es el que mejor se nos ha criado... No nos ha dado nunca ningún problema..., hasta ayer, con su manía de ir a jugar al vertedero de la fábrica... A ver qué nos dice el médico...

DON LUIS.- Seguro que no es nada importante...

MARTÍN.- Ojalá... ¡Que no se nos tuerza la racha!... Llevamos una temporada sin sobresaltos... Después del accidente de Paquito y lo de su pierna, y la muerte de la abuela El año pasado, parecía que nos íbamos enderezando... No sé cuánto nos durará, pero con lo mío, creo que no mucho...

DON LUIS.- Tenéis que aprovechar ahora que estáis algo más desahogados...

(MARTÍN se ahoga un poco y recurre al nebulizador.)

MARTÍN.- Es a lo que iba, don Luis, si usted me lo permite...

DON LUIS.- Adelante, adelante, Martín..., con confianza...

MARTÍN.- (**Pesimista.**) Don Luis..., esto se acaba... El coche ya no tira... Mis pulmones no dan más de sí... Demasiados años han aguantado... ¡Qué más da dos meses que dos días!... La cosa es que me voy..., lo presiento... Antonia es todavía joven..., y los hijos ya están criados..., eso no me preocupa... Con el tiempo encontrará otro hombre, y yo me alegraría..., y así tiene que ser..., es ley de vida... Con el trabajo y la casa, podrá ir tirando..., y descansar tras todos estos años de aguantar mi enfermedad... ¡La de veces que me habrá cogido en brazos para que no subiera las escaleras!... (**Transición. Animándose él solo.**) Después de todo, estamos satisfechos... Ver a los hijos sanos, bueno, casi sanos..., con una educación..., es la mejor recompensa que podemos tener, la mayor ilusión..., aunque... (**Tímido.**) bueno, hay otra ilusión..., más pequeña..., muy pequeñita... Antonia y yo habíamos pensado..., llevamos muchos años soñando con ir a París..., sí, a París... ¡Fíjese qué tontería!... Con lo cerquita que está..., ahí, a la vuelta..., pero nosotros no hemos salido nunca..., al pueblo, para enterrar a la abuela, y pare usted de contar...

Total sólo unos días... (**Ilusionado.**) Que podamos ver juntos, con los niños, la torre Eiffel..., el Louvre..., Nôtre-Dame..., pasear por los campos Elíseos..., la plaza de la Concordia...

DON LUIS.- Vaya, es un buen recorrido...

MARTÍN.- Tengo la casa llena de folletos de las agencias..., como los dan gratis..., y las fotos son tan bonitas... El barrio de Montmartre..., el Sacré Coeur..., y sobre todo... (**Con especial énfasis.**) el teatro de la Ópera..., tan majestuoso..., tan admirable... Es mi último deseo, don Luis: asistir a una función de ópera en París, en directo, cuando representen *Carmen*... (**Entusiasmado.**) y con Plácido Domingo en el papel de don José..., y ver en el escenario cantar a Escamillo... (**Tararea la célebre canción-marcha de Escamillo de la ópera. Con el esfuerzo le da un acceso de tos. Inhalaciones.**)

DON LUIS.- No sabía de tu afición por el bel-canto...

MARTÍN.- Si entender, no entiendo..., pero cuando vino de gira aquella compañía de Madrid, nos dieron invitaciones para *Lucía de Lammermoor* y fuimos... Era la primera vez... Antonia se aburrió un poco... «¡Te has empeñado en traerme aquí y no me entero de nada!... ¡Si cantan en italiano!»... me repetía enfadada... Yo, en cambio, estaba entusiasmado... ¡Qué voz..., qué pulmones..., qué caja torácica!... ¡El Plácido ese es un fenómeno!... Cantaba igual tirado en el suelo, que haciendo el pino o con dos sopranos en brazos, y eso que estaban rellenitas..., y no como yo, que no respiro ni de pie... Aplaudí a rabiar... Eso es cantar, y no lo que hacen ahora, que dan unos berridos, cuatro saltos y... ¡a cobrar sus buenos millones!... Yo les pondría a esos melenudos a interpretar un aria de esas y sin micrófono..., ¡a ver qué tal!... ¡Seguro que ni se les oiría!...

DON LUIS.- En eso sí que te doy la razón... Me ponen furioso cada vez que salen por televisión, en esos video-clips o como se llamen...

MARTÍN.- (**Aprovechando la coincidencia de criterios, MARTÍN intenta llevarlo a su terreno.**) Yo había pensado, si a usted no le parece mal, que..., total, para estos dos meses que me quedan..., ya que nunca me he cogido la baja, ni vacaciones, ni viaje de novios..., me firmara un papelito para que me concedieran la incapacidad total en el trabajo... De esa forma, Antonia y yo, con los chicos, nos marcharíamos a París... Al menos disfrutaríamos juntos unos días antes de que yo les falte... A la vuelta me despediría de los amigos, de la familia..., y luego, a casa, con los míos..., a esperar...

DON LUIS.- (A la defensiva. Evasivo.) Lo que me pides, Martín, es un poco complicado... Me pones en un aprieto, la verdad... Tengo una responsabilidad, una familia que mantener... Un informe de este tipo me podría comprometer..., las inspecciones son muy rigurosas para estos casos... Yo comprendo tu situación, pero no sé si podré ayudarte... Es todo tan problemático... Te pasé el examen médico por alto para que entraras en la compañía..., ¿te acuerdas?... Y ahora firmar una incapacidad definitiva... ¡Hazte cargo!... Yo vivo de esto... bueno... y de la clínica privada... de la consulta particular... y la Mutua... pero los tiempos son difíciles para todos... ¡Cuántos hay en tu situación!... Si te hiciera el informe, mañana se llenaría la consulta de trabajadores pidiéndome lo mismo... ¡Imagínate qué papeleta!... ¡Un hombre de mi posición falsificando bajas!...

MARTÍN.- No pretendía ofenderle, don Luis..., no era esa mi intención... Al tener confianza con usted, me dije... ¡coméntaselo!... Lo peor que te puede decir es que no... Tiene razón... Ha sido una locura pedírselo..., incluso sólo el hecho de que se me pasara por la cabeza que usted se prestaría a ello... (En un último esfuerzo antes de resignarse. Inhalaciones.) ¿Y una baja temporal?... Sólo unos días... Quince, por ejemplo... Me recupero y vuelvo al tajo, y hasta que el cuerpo aguante...

(Llaman a la puerta de la consulta y se asoma RAFAELA, la señora de la limpieza.)

RAFAELA.- ¿Da usted su permiso?...

DON LUIS.- Adelante, Rafaela, pase...

RAFAELA.- ¿Interrumpo?...

DON LUIS.- No. Estábamos terminando. Vaya usted limpiando...

(Deja el cubo en el suelo y la fregona. Vacía una botella entera de lejía en el cubo, lo llena de agua y friega la consulta.)

MARTÍN.- ¿Qué me dice?...

DON LUIS.- (Dudoso.) No sé, Martín... Te digo lo mismo... Tendría que poner muchos aspectos y detalles de tu enfermedad..., dar muchas explicaciones... Igual, después de todo, ni te lo conceden y perdemos el tiempo...

MARTÍN.- Por intentarlo...

DON LUIS.- Déjame que lo piense..., que lo estudie detenidamente... Dame unos días...

MARTÍN.- Es que... verá, don Luis..., lo cierto es que he comprado los billetes para París... Lo daba por hecho y...

DON LUIS.- Te has precipitado... Las cosas no son tan sencillas como piensas... Hay unos trámites que seguir... Por otra parte, el que cuenta es tu médico del Seguro..., yo sólo represento a la compañía..., no tengo autoridad para conceder bajas...

(RAFAELA se ha acercado a ellos y sigue fregando con energía.)

DON LUIS.- (Hace un gesto de asco, como de oler muy mal.) ¡Caray, Rafaela, qué olor tan fuerte!... ¿Con qué está limpiando usted?...

RAFAELA.- (Orgullosa de su eficacia y mostrando el envase.) Lejía pura, don Luis..., lo mejor para desinfectar... No hay nada como la lejía...

(MARTÍN también capta el fuerte olor y se siente repentinamente mal. Tose, se asfixia, no puede articular palabra, le asalta un jadeo paroxístico.)

MARTÍN.- (Aumentándose el volumen de oxígeno e inhalando nervioso repetidas veces el aerosol.)
¡Aaggg, don Luis... me ahogo... socorro... me asfixio!...

DON LUIS.- (Se levanta sobresaltado para atender a MARTÍN.) Martín... Martín... ¿qué te ocurre?... Respira... respira hondo...

MARTÍN.- ¡Un médico..., llamen a un médico!...

DON LUIS.- Calma..., calma..., estoy yo aquí... Aunque tarde, pero me dieron el título... Rafaela, avise a los enfermeros... ¡rápido!... ¡Hay que trasladarle al hospital urgentemente!...

RAFAELA.- (Asustada.) Enseguida, don Luis..., lo que usted mande... (Sale a avisarlos.)

MARTÍN.- ¡Me ahogo!... ¡El boca a boca!... ¡Necesito el boca a boca!...

DON LUIS.- ¡Martín, por Dios, que no soy Antonia!... (Le introduce bruscamente el inhalador en la boca.)

(Entran DOS ENFERMEROS con una camilla.)

DON LUIS.- ¡Tumbadle en la camilla!... ¿Está preparada la ambulancia?...

(Los CAMILLEROS tumban a MARTÍN.)

¡Y no le desconecten el oxígeno hasta llegar a urgencias!...

(Los CAMILLEROS salen llevándose al enfermo.)

DON LUIS.- ¡Pobre Martín!... Iba totalmente cianótico... No sé si saldrá de esta...

RAFAELA.- (Reanudando la faena.) ¡Qué lástima de hombre!... ¡Tan joven!...

DON LUIS.- (Sentándose y tomando un papel de la mesa.) De todas formas, guardaré el informe... Después de todo, me dio lástima y le solicité una semana de baja... ¡Cualquiera sabe si la podrá disfrutar!... ¡Tenía tanta ilusión por ir a París!... (A RAFAELA.) Toda la vida luchando y..., ¿para qué?... Para nada... Para morirnos como perros..., sin ver realizados nuestros sueños...

RAFAELA.- (Agachada y limpiando algún rincón difícil de la consulta. Se incorpora resentida por un presunto dolor de riñones.) ¡Y qué razón tiene, don Luis..., y qué razón tiene usted!... Y siempre con achaques... (Con la mano en la espalda.) Otra vez me ha dado el lumbago... ¡No sabe lo molesto que es!... Usted, don Luis, ya que es médico... ¿no podría firmarme unos días de baja?... Estoy tan pachucha...

DON LUIS.- ¡Rafaela..., no sea usted inoportuna!...

(Suenan los compases finales de la canción-marcha de Escamillo de la ópera *Carmen*.)

TELÓN

22

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar